

## **Diversidad de las violencias. Equidades y jerarquías entre jóvenes “en conflicto con la ley”**

Graciela Tedesco\*

### **Resumen**

En este artículo me propongo reflexionar sobre el carácter diverso y complejo de los vínculos que se tejen cotidianamente en los institutos correccionales, en donde las dicotomías violento-no violento deben ser matizadas para dar paso a las ambigüedades que articulan dichas relaciones. Se analiza así, el modo en que los jóvenes construyen lazos sociales y clasifican a las personas que los rodean en relación a criterios de equidad y jerarquía, que revelan los diversos significados de las violencias.

**Palabras claves:** violencia – jóvenes – relaciones sociales – diversidad – tensiones

### **Abstract**

In this article I propose to think on the diverse and complex character of the links that are woven daily in the correctional institutes, where the dichotomies violent-not violent must be tinted to give step to the ambiguities that articulate the above mentioned relations. It is analyzed this way, the way in which the young men construct social bows and classify the persons who surround them in relation to criteria of equito and hierarchy, which reveal the diverse meaning of the violences.

**Key words:** violence – young men –social relations – diversity – tensions

A partir de una experiencia de investigación realizada con jóvenes que se encuentran en institutos correccionales<sup>1</sup>, me

---

\* Núcleo de Estudios de Violencia, Museo de Antropología, UNC.

<sup>1</sup> La investigación se desarrolló entre fines del 2003 y principios del 2006 en los institutos Castelli y Malvinas, ambos para jóvenes de 16 a

propongo reflexionar en este artículo sobre el carácter diverso y complejo de los vínculos que se tejen cotidianamente en los institutos, en donde las dicotomías violento-no violento deben ser matizadas para dar paso a las ambigüedades que articulan dichas relaciones. En otras palabras, se intenta analizar el modo en que los jóvenes “en conflicto con la ley”<sup>2</sup> construyen lazos sociales y clasifican a las personas que los rodean. Se prestará especial atención a los criterios comparados que conectan modos de equidad y jerarquía, y los distintos significados a las violencias<sup>3</sup>. En este sentido, veremos en la primera parte del trabajo, las formas de clasificar y de enunciar categorías de personas construidas muchas veces,

18 años. En este trabajo los nombres de estas instituciones y de las personas han sido modificados para preservar su privacidad.

Mi ingreso al instituto Castelli (en septiembre de 2003) se realizó luego de obtener una autorización formal de la directora de la “Subsecretaría de Atención Integral del Niño y el Adolescente en Conflicto con la Ley Penal”, organismo del que dependen los institutos correccionales de Córdoba. A mediados del 2005 debido al conocimiento previo del personal directivo del instituto Malvinas, les transmití mis intenciones de visitar dicho instituto, facilitándome de inmediato el ingreso al mismo.

<sup>2</sup> Entendemos el “estar en conflicto con la ley” a partir de la contradicción entre lo que es considerado “legal” por los grupos dominantes y por otra parte, a partir de lo que los jóvenes, desde su cultura, juzgan conflictivo. De allí que el juego de palabras es usado en el título como modo de comenzar a preguntarnos sobre la idea de conflicto y sobre la necesidad de mirar ese conflicto desde dos lugares, desde los jóvenes que “enfrentan” a la ley con el delito y desde las instituciones que “enfrentan” a los jóvenes desde las reglas.

<sup>3</sup> En otro contexto de estudio, Santiago Alvarez (*Leviatán y sus lobos. Violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos*. Antropología. Bs. As. 2004) observa las tensiones entre ideas de individualismo y solidaridad campesina y entre ideas jerárquicas e igualitarias, preguntándose si la comunidad no se encuentra dividida por valores antagónicos. “*El análisis de los conflictos dentro de la familia y de sus valores y representaciones me ayuda a entender la violencia interna que, a su vez, es una clave para comprender la relación entre las fuerzas externas y la comunidad. Igualdad y jerarquía, solidaridad e individualismo, matrifocalidad y subordinación femenina, coexisten en el mismo lugar y al mismo tiempo y, a veces batallan el en interior de los propios sujetos*” en: ALVAREZ, S. op. cit, p. 16

en base a criterios deshumanizantes y excluyentes. Luego proseguiré en presentar y entrelazar aquellas pautas o valores que estructuran sus relaciones, y que al ser vulneradas, legitiman el uso de la violencia. Finalmente, haré hincapié en las tensiones entre lo marcado anteriormente y los modos de compartir, los intercambios igualitarios y de respeto que permiten que en un mismo lugar y momento se generen relaciones diversas. De esta forma, considero que estos puntos de análisis permiten penetrar en un complejo sistema de sociabilidad, pero no pretenden ser cerrados, sino puntos iniciales para otros análisis y discusiones.

### *Distinguirse, decirle al otro qué es*

Si de forma colectiva y frente al personal los jóvenes que están en el instituto suelen llamarse “los menores”<sup>4</sup> para hablar de la totalidad de su grupo, hay otras palabras que utilizan para nominarse entre sí, al interior del mismo. Una de las más utilizadas es la de “perro”. Así, es frecuente escuchar en las conversaciones entabladas entre los jóvenes: “*Alcázame eso, perro*”, “*dame una seca, perro*”. El decirle a un compañero “perro”, puede adoptar el sentido de un agravio o de broma dependiendo en gran medida del grado de confianza y las relaciones preexistentes entre quien nombra y quien es designado. Ya sea que se lo diga “charlando” o en serio, usar la categoría perro con alguien significa darle un lugar inferior, por ser disponible de ser mandado. “*Perro significa que te manden de acá para allá*”. (Lucas, Instituto Castelli, agosto de 2005).

<sup>4</sup> Las comillas serán utilizadas en este artículo para destacar expresiones significativas desde el punto de vista de los individuos, que contienen especificidad en el marco de la investigación. Una vez que hallamos explicitado suficientemente la categoría no se volverá a encomillar y será utilizada en el sentido referido. También se usarán comillas para transcribir fragmentos de entrevistas y fragmentos del trabajo de campo en cursiva.

Es “perro” un joven que se deja mandar por otro, pero también llaman “perros” a los guardias que cuando ellos le piden algo deben alcanzarles cosas, prenderles los cigarrillos, etc.; y a los policías “que hacen lo que les mandan a hacer” (Martín, octubre de 2005, Instituto Malvinas). En este último caso, la estrategia permitiría colocarse en un nivel superior de poder, aunque sea momentáneo. En este sistema clasificatorio, ser un perro implica posicionar al joven así designado en un lugar inferior a partir de su modo de proceder en relación a los otros.

“(…) hay algunos que los mirás y sabés que son perros, que los mandás y hacen las cosas. Uno se da cuenta quien puede ser perro” (Marcelo, instituto Malvinas, octubre de 2005)

“(…) el perro es el que es un estúpido bárbaro, el que se deja mandonear” (Jorge, Instituto Castelli, febrero 2006)

El sentido ofensivo del término perro, obedece al hecho de que “se manda” sobre su persona y se toman sus decisiones. De esta forma y por el mecanismo de animalización<sup>5</sup>, se le destituye el derecho a tener derechos, y se le niega el reconocimiento a ser tratado como un fin y no como un simple medio. Animalizar, explica Burgat, es tornar disponible, y está disponible aquello que no está sometido a ninguna obligación, aquello que puede ser ocupado y mandado. Relacionado con ello, el “poder mandar a un perro” se utiliza entre los jóvenes, como una manera de tener derechos sobre otro, por ejemplo, para “hacerle limpiar y lavar la ropa”. Una situación ocurrida mientras realizábamos un recorrido por el sector sacando fotografías<sup>6</sup> puede aclararnos la asociación de determinadas actividades con el “perro”:

<sup>5</sup> BURGAT, Florence. “La logique de la légitimation de la violence: animalité vs humanité”, in *Séminaire de Françoise Héritier: De la Violence* (F. Héritier comp.), Ed. Odile Jacob, Paris, 1996.

<sup>6</sup> Una de las técnicas utilizadas durante el trabajo de campo fue el registro fotográfico de cosas o lugares del instituto que los jóvenes elegían retratar.

“Caminando por el pasillo del sector, en cada pieza nos deteníamos y me la mostraban. Al fondo del pasillo, había apoyado contra la pared un palo de piso con su trapo, y como me parecía que la limpieza era una actividad habitual, les pedí que alguno ‘hiciera como que estaba limpiando’ para sacar una foto. Sin embargo, a pesar de mi insistencia, ninguno de los 6 o 7 chicos que ahí estaban querían tomar el palo de piso y salir así en la foto. Finalmente, Danilo que era uno de los encargados de guiarme en el recorrido fotográfico dijo que lo iba a hacer pero ‘sin que se vea la cara’, y se puso de espaldas al lente de la cámara, simulando estar pasando el trapo”. (Nota de campo durante el registro fotográfico, noviembre de 2005, Instituto Malvinas)

En general en las fotografías tomadas durante la investigación, los jóvenes prefieren salir en poses donde se vean en actitudes respetables y masculinas (parándose con las manos en los bolsillos, derechos, solos o con otros), y por el contrario no les gusta aparecer en tareas cotidianas y rutinarias (como el limpiar), que pueden considerarse vergonzantes desde su marco de clasificaciones de género, donde las actividades de “limpiar y lavar la ropa” se vinculan siempre a temas femeninos o “trabajo de mujeres”, y el poder “mandar” a otros, a la masculinidad<sup>7</sup>. A través de la preocupación por rectificar la actitud y por ponerse lo mejor posible, y de la negativa a dejarse sorprender en una tarea cotidiana, se manifiesta el intento de marcar una ruptura con aquello que los puede desvalorizar ante los demás y debilitar su hombría<sup>8</sup>.

“Tampoco es que no vas a hacer las cosas, ponele limpiar porque si lo hacés te agarran de perro, no, te ponés de acuerdo con otro o como favor ‘yo hago esto y mañana lo hacé vos’, y

<sup>7</sup> La masculinidad constituye la forma aceptada de ser un varón en una sociedad concreta, GILMORE, David. *Hacerse Hombre*. Ed. Altaya. Madrid. 1999.

<sup>8</sup> Sin embargo, cabe advertir cambios dentro de las características tradicionales de la división sexual, como el del tema ligado a la crianza de los hijos, donde los jóvenes expresan poder y querer cuidarlos al igual que sus parejas, al tiempo que creen necesario que estas trabajen; aunque sin dejar de considerarse ellos los principales proveedores del hogar y en obligación de “darle a su familia lo que necesita”.

está todo bien. La cosa es que no sea siempre el mismo el que hace las cosas porque ahí sí es perro" (Mario, Instituto Malvinas, octubre de 2005)

Mario señala aquí una cuestión importante. No es perro el que cumple con su obligación de limpiar en el sector, cosa que hacen todos turnándose lo más equitativamente posible. En cualquier momento del día en el instituto es común ver a los jóvenes baldeando pisos, llevando secadores de piso, lavando su ropa; además, distinguen perfectamente cuándo usar lavandina, "perfumina" o detergente, según quieran desinfectar, "dejar olor rico", "limpiar bien". No obstante esto, sí es considerado perro aquél que limpia siempre (en desigualdad con el resto) y forma parte de una situación asimétrica, donde otro que tiene mayor poder "lo manda a hacer cosas", debilitando así su personalidad humana y masculina.

Prosiguiendo en otra dirección, el poder llamar a otro perro se funda también, en el mayor tiempo transcurrido en el instituto, por el cual un grupo se instituye con el derecho y el deber de transmitir a los "ingresos" o jóvenes nuevos, las reglas y valores de la convivencia.

"Cuando ingresa uno, vas y le preguntás 'Che, ¿vos hace cuanto que estás?. ¿Por qué estás?' Y ahí te fijás, si te dice: 'por nada o por ratear, ese seguro que se convierte en perro' (Lucas, Instituto Castelli, agosto de 2005)

Los jóvenes "ingresantes" al instituto pasan un período de prueba para ser parte integrante del grupo y ocupar un lugar propio. De manera similar a lo señalado por Norbert Elías<sup>9</sup>, la mayor ligazón de quienes están hace más tiempo en el instituto, hace que se ponga a prueba a los recién llegados para observar si se dejan mandar o se animan a "pararse"<sup>10</sup>; a partir de lo cual va quedando en claro quien es digno de

<sup>9</sup> ELÍAS, Norbert, "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados" en: *La civilización de los padres y otros ensayos*. Grupo editorial Norma, Santa Fe de Bogotá, 1998.

<sup>10</sup> "Pararse" implica estar dispuesto a pelear con otro que no te trató con respeto o te desafió a enfrentarlo.

respeto o no y parte de las reglas en el grupo. En relación a ello, el poder superior del grupo más antiguo o "establecido" se basa en el alto grado de cohesión y reglas compartidas. Como analiza Elías<sup>11</sup>, "un grupo puede estigmatizar a otro, sólo mientras esté bien establecido en posiciones de poder de las cuales el grupo estigmatizado se encuentra excluido".

### *Pararse y no caerse*

El lugar donde se sitúa un joven puede cambiar, y una de las vías para no constituirse en perro de otro con mayor poder, es demostrar que no se tiene miedo a pelear y por lo tanto, ha adquirido los códigos del grupo. El "pararse" cuando se lo desafía o provoca a pelear, devuelve al joven el carácter de persona que tiene derechos, sobre la base de un respeto que se construye a través de modos violentos de regular sus vínculos<sup>12</sup>. Las peleas pueden diferenciarse en dos formas principales: verbales (discusiones) y corporales cuando se usan los puños o palos de piso. Este último modo ("a los palazos"), se presenta en general en ocasiones que uno de los dos está en desventaja física y ha perdido anteriormente una pelea "a las piñas", con lo cual utiliza los elementos de limpieza para replantear el poder.

"Ciro vino al aula porque yo le quería hacer una entrevista y me contó que estaba en el aislado 'por un malentendido'. Resulta que había llegado un chico nuevo al sector y le estaban preguntando en el comedor por qué estaba, y el chico les dijo que 'había tiroteado a otro chico que le había pegado a su mamá y le había dado'.

Como no aclaraba qué había pasado con su mamá, yo le pregunté:

'¿Y a tu mamá le dieron?'. Y él me mal interpretó y me decía

<sup>11</sup> ELÍAS, Norbert, "Ensayo teórico...", p. 89

<sup>12</sup> Las peleas no son privativas de la situación institucional, ya desde tiempo antes cuando se está "en la calle" es un modo de regular los vínculos entre los jóvenes, por ejemplo de diferentes "bandas" o barrios.

*'Pará, con mi mamá no te metas' y yo le trataba de explicar que le había preguntado bien, pero él me bardeaba y yo empecé a hacer lo mismo. Él estaba en la puerta de la pieza y seguía, y bueno, me arrimé y le dije - 'Yo no quise decir eso', y ahí le pegué una trompada y lo hice entrar en la pieza y nos pusimos a pelear. Los guardias se dieron cuenta y nos llevaron al aislado. Pero ahora en el aislado hablé con el otro chico y le expliqué que yo no le quería decir eso, y ahora está todo bien".* (Nota de campo de la entrevista a Ciro, marzo de 2006, Instituto Malvinas)

Uno de los motivos de las peleas verbales y que puede terminar en corporales (piñas), puede tener que ver con un insulto a "la madre". Para los jóvenes, a las madres se las respeta y se las ayuda, porque son las que "siempre están" y "nunca te abandonan". El afecto hacia la madre (y en muchas menos ocasiones hacia el padre) es manifestado en los tatuajes que los jóvenes se hacen con el nombre de las mismas o con la frase "madre te amo", que también suele escribirse en algunas paredes del instituto.

La cuestión de pararse y poner el cuerpo si otro plantea una pelea, no implica la necesidad de ganar dicha pelea. Los jóvenes señalan que ganar o perder no define si se empieza o se deja de ser perro, la cuestión más importante que se pone en juego en un enfrentamiento, es demostrar que se tiene valor para pelear con el otro, "que se la banca". El cuerpo es utilizado de esta manera, como estrategia e instrumento para generar respeto, siendo lo que en mayor medida el joven mantiene como su posesión dentro del instituto. Esto lleva a que en general muchos elijan pelear, aunque sean mayores las posibilidades de recibir golpes que de ganar. Quien se niegue a enfrentar una pelea planteada por otro, perderá el respeto de los demás, lo cual en la construcción de una imagen ligada a demostrar "que se las aguanta y no tiene miedo" dentro del grupo, es algo demasiado valioso como para pasarla por alto<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Para HERITIER, *op. cit.*, cuando la violencia perpetrada se ejerce al interior de la comunidad, y corresponde no a una voluntad de destrucción sino a una voluntad de agregación de miembros jóvenes.

De este modo podemos decir que el entrar en la pelea y perder es mejor visto por los jóvenes que el negarse a pelear; en el sentido de que la actuación de la masculinidad depende de un despliegue de gestos ligados a la demostración de valor para enfrentar situaciones violentas<sup>14</sup>.

*"No es que si peleás y si perdés sos perro, no es así el sistema" (...)* "Hay algunos que no pelean nunca y sin embargo no son perros, que los mandás y no hacen las cosas y si le pegan se las aguanta y sigue sin hacer las cosas y sin ser perro." (Marcelo, Instituto Malvinas, octubre de 2005)

Los estudios de Margaret Mead<sup>15</sup> muestran con claridad que los atributos otorgados socialmente a cada sexo generan divisiones que no provienen de definiciones naturales sino que son construidas culturalmente. Entre los arapesh y los mundugumor (pueblos de Nueva Guinea) Mead encontró que no se le había otorgado una actitud específica a un sexo, no había allí una elaboración social imaginaria que atribuyera diferentes personalidades a los miembros de la comunidad clasificados según el sexo, la edad o la casta. En cambio, observa que en otras sociedades como la tchambuli y las nuestras occidentales, la diferenciación por sexo marcan arbitrariamente determinados rasgos humanos para las mujeres y otros para los varones. Si una sociedad insiste en que "la bravura, la aversión a cualquier tipo de debilidad, al titubeo ante el dolor o el peligro, esta actitud, componente tan fuerte de algunos temperamentos humanos, ha sido seleccionada como la clave de la conducta masculina. Y la descomedida exhibición de temor o sufrimiento que es congénita a otro tipo de temperamentos, ha sido convertida en la base de la conducta femenina"<sup>16</sup>. Los

<sup>14</sup> La identidad masculina, dice Gilmore *op. cit.*, p. 19 no es algo dado, sino un problema, un rompecabezas, un enigma, o un criptograma sin descifrar.

<sup>15</sup> MEAD, Margaret. *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*. Ed. LAIA, Barcelona, 1981.

<sup>16</sup> Mead, *Ibid.* p. 314-315, señala: "Lo que originariamente eran dos variaciones del temperamento humano -la aversión al miedo o el deseo de

jóvenes aprenden en “la calle”<sup>17</sup> y en el instituto que las agresiones y violencias los ayudan a hacerse respetar como hombres y a demostrar masculinidad, menospreciando a quienes no hacen lo mismo. Los perros son asociados a características femeninas ya que realizan tareas “de mujeres” (limpiar, lavar la ropa) y tienen miedo de pelear, y por tanto son desplazados de un grupo que, en general, basa su idea de masculinidad en el grado de violencia que es capaz de soportar. En este caso, el perro, es un individuo cuyo temperamento resulta ajeno a la personalidad social exigida para su sexo en este contexto. También los guardias refuerzan esas visiones, intentando mostrarse masculinos y severos frente a los internos, de forma tal que los vínculos entre los jóvenes producen cierta relación con el instituto, pero también la relación con la institución promueve un tipo de vínculo entre ellos.

D: - “Pelemos cuando no nos ven los maestros. Si nos ven los maestros nos mandan al aislado o a la pieza. Y una sola vez pelee. No, dos veces.

G: - ¿Y está el otro chico acá todavía?

D: - Está todavía. Una vez me largué a pelear a frente del comedor, estaban todos los maestros, y no nos podían separar.

G: - ¿Y por qué fue?

D: - Porque yo le decía que era violín, así lo jodía, y como yo tenía los cigarrillos en el pantalón, y no había cigarrillos en el sector, me dijo ‘andá, sos una rata vos’. Y yo le pegué una trompada. Y ahí nos empezamos a pelear. Y los maestros no encontraban la llave. Ahí le empecé a dar, lo tiré al suelo.” (Diego, instituto Castelli, mayo de 2005)

Podemos señalar que la masculinidad en el instituto es construida sobre el exhibirse “valiente”, “que se las aguantan”, “que se para siempre a pelear”. Quienes no pasen estas pruebas dentro del grupo serán ubicados cerca de lo animal

---

mostrar temor-, han sido traducidos por la sociedad en aspectos inalienables de las personalidades de los dos sexos y cada niño será educado según esta personalidad propia del sexo así definida: si es un chico, no se le admitirá el miedo, si es una chica, podrá mostrarlo”.

<sup>17</sup> Modo en que llaman al conjunto de personas y lugares conocidos, y a las relaciones afectivas que se encuentran por fuera del instituto.

y lo femenino (que es valorado en la figura de la madre y otras mujeres de la familia, pero desdeñado cuando otro joven no cumple con el ideal de masculinidad). A partir de las opiniones recogidas de los jóvenes, puede señalarse que en general las peleas no rompen los vínculos sino que marcan el lugar que se ocupa dentro del grupo, en el sistema de clasificación sobre lo masculino/femenino, humano/animal, y los valores que deben ser respetados y aprendidos.

“(…) no es que porque ganes le puedas pedir a otro algo, no es una pelea por ganar o perder. Después de la pelea queda todo bien y te seguís hablando. Porque si estamos todo el día en el sector, para que vas a estar llevándote mal si te ves la cara a cada rato” (Daniel, Instituto Malvinas, octubre de 2005).

### *Clasificar, equilibrar fuerzas*

Las peleas se desarrollan principalmente en los baños o piezas, de forma oculta a raíz de las sanciones que pueden caer sobre ellos por parte de la guardia. Por esto, los jóvenes tratan de esconder sus golpes y moretones y dan breves explicaciones, cuando se los indaga, relacionadas con haber “jugado al fútbol” o “haberse caído”. Junto con esto, el silencio de sus demás compañeros hace notar que se trataría de un terreno privado, al que las personas ajenas a este modo de regular sus relaciones no podrían acceder.

El cuidado de “no batir la cana” o no contar a otros, que no sean del grupo lo sucedido, hacen difícil conocer los motivos de muchas de las peleas. Contar lo sucedido a los guardias, lleva a que la persona sea clasificada de “vigilante o buchón”, y termina siendo apartada del grupo por no ser leal, cayendo así fuera del sistema que clasifica quien está “adentro” del grupo y quien está “afuera”.

Otra forma de nombrar a alguien desleal o en el que no se puede confiar, es decirle “gato”, porque habla “a espaldas” de otro, y no dice las cosas de frente. De esta forma, el ataque verbal y físico a estas personas pasa a ser justificado, ya que a los ojos de los jóvenes, los que no hablan de frente,

traicionan la confianza dada y se aprovechan de la situación en beneficio propio.

Si seguimos completando el rompecabezas construido por los jóvenes para clasificar al mundo que los rodea en relación a los lazos y valores de fidelidad, solidaridad, confianza y masculinidad, otra nominación cercana a lo animal pasa a cobrar relevancia. Son considerados "ratas" los que tienen como causa un "hurto" y quienes roban las pertenencias de otros dentro del sector, traicionando la confianza del grupo y perjudicando a quienes, por estar encerrados, poseen muy escasas pertenencias y no pueden conseguirse otras.

En relación al uso de la violencia y su relación con la masculinidad, los jóvenes juzgan de forma negativa la desigualdad de fuerzas que se utilizan en las peleas. Así, mirarán con desprecio a quienes peleen aprovechándose de otro más débil, siendo el ejemplo más claro cuando un grupo enfrenta a un chico solo. Los que se "abusan" de esta situación son nominados como "pisa cocos". En relación a esto, señalan que "*si sos hombre te enfrentás mano a mano, lo otro es ser abuso*" (Jorge, Instituto Castelli, febrero de 2006). De esta manera, la "hombría" se asocia al honor y al equilibrio de fuerzas demostrando respeto por el otro.

El uso de la fuerza física, en la regulación de sus vínculos, pasa a ser visto por los jóvenes, como violento (y negativo), cuando involucra la desigualdad de fuerzas.

"(...) si vos 'verdugueaste' mucho a otro después te van a agarrar a vos. Por eso lo mejor es estar tranquilo, hacer la tuya, porque si agarrás de perro a alguien capaz que por verduguearlo después te agarran a vos y te la hacen pagar." (Marcelo, Instituto Malvinas, octubre de 2005)

Así, aparece una nueva categoría que es la de "verdugos". Los verdugos, son aquellos que se aprovechan de la debilidad de otro joven y lo maltratan, lo que implicará en esta lógica, que en algún momento, alguien deberá "hacerle pagar" por lo actuado. También entran en la clasificación de verdugos algunos guardias que utilizan su situación de mayor poder y "le hacen la vida imposible" a los internos.

En el intento por nivelar el uso de la fuerza física, algunos jóvenes que están desde hace mayor tiempo en el instituto y tienen más "experiencia", "protegen o amparan" a chicos de menor edad y contextura física -a quienes denominan "amparados"- de los posibles ataques de otros jóvenes. Sin embargo esta protección implicará nuevamente una relación de dar y recibir, ya que a cambio de protección se deberá pagar, lo que denominan como la "paga de amparo": postres, cigarrillos, etc. De este modo, dentro del grupo se presentan diferentes búsquedas por equilibrar el poder y, como ya señalé, se piensa que la actitud más beneficiosa y favorable es la de "quedarse tranquilo y hacer la tuya" y no pelear, a no ser que otro te busque.

G: - ¿Y cuando hay que pelear?

E: - Y cuando hay que pelear, hay que pelear. Tampoco vas a estar peleando con cualquiera. Acá es distinto porque tenés que estar peleando por cualquier cosa, uno quiere ser más que el otro y no es así. Uno quiere ser más que uno, más que otro. Nos tenemos que dar cuenta que todos estamos en el mismo lugar, que vivimos todos juntos.

G: - ¿Y es así que los que están acá se tratan por igual?

E: - Si, por lo menos nos llevamos todos bien.

G: - ¿Y con el que es violín?

E: - El violador mal, con todos. Por ahí te pasa por la cabeza que vos tenés hermanas y la pueden agarrar, y puede ser él, o puede salir y agarrar una hermana." (Eduardo, febrero de 2006, Instituto Malvinas)

Dentro del orden moral compartido por los jóvenes, quienes ocupan el peor lugar y más estigmatizado, son aquellos que tienen una causa penal por violación o abuso deshonesto. Los "violines", "seriales"<sup>18</sup>, como se los llama, reciben la mayor violencia de parte de los demás. Son siempre los cuer-

<sup>18</sup> En relación al llamado "violador serial" que realizó un gran número de violaciones en la ciudad de Córdoba y finalmente se suicidó cuando estaba por ser apresado a fines del 2004. Esto plantea el uso de algunas palabras en el vocabulario de los jóvenes a partir de su aparición en los medios de comunicación.

pos disponibles a los golpes “para que aprendan la lección” y no vuelvan a hacer lo mismo (violar). Son así considerados moralmente contaminados y potenciales violadores de madres, hermanas e hijas. Por ser un peligro potencial y permanente para las mujeres de la familia de cada uno de los jóvenes, que deben compartir el instituto con los violines, el violín pierde sus derechos de modo más pronunciado que el perro y, contrariamente a éste, casi no tiene medios para modificar su lugar de cosa (violín), ni la posibilidad de construir lazos permanentes, mostrando valor y conocimiento de las normas del grupo.

### *Saber convivir*

Como vimos hasta aquí, existen modos de relación que suponen usar la violencia como un elemento de distinción entre los mismos jóvenes. En este sentido, como señalaron los teóricos de la escuela de Chicago, dentro de los grupos sociales se conforman códigos y comportamientos más o menos estrictos que dan cuenta de un orden normativo y jerárquico<sup>19</sup>.

Sin embargo, de manera paralela y conectada, el “convidar, compartir y no tapiñar” son reglas que el grupo de jóvenes construye a partir de una relación de proximidad y pertenencia, que implica de cierta manera considerar que “se está en la misma”, que se da para recibir y que con esto además,

<sup>19</sup> Como señalaron SHAW, Clifford y MCKAY, Henry. *Juvenile Delinquency and Urban Areas*, University of Chicago Press, Chicago, 1942, existen diversos subgrupos con pautas morales y sistemas de relaciones sociales que organizan sus vínculos. En este sentido, los grupos de transgresores tienen claras pautas de organización interna, así como también existen grupos adaptados a las instituciones convencionales que estructuran moral y socialmente sus vínculos. Aquí, el problema emerge con la convivencia próxima de estos subgrupos en un espacio urbano determinado. Las investigaciones de COHEN, Albert *Delinquent Boys. The culture of the gang*. The Macmillan Press, New York, 1955, postulaban la idea de que lo que existía en algunas áreas de la ciudad eran patrones alternativos de organización y no desorganización.

se refuerzan los vínculos del grupo frente a los adultos de la institución (guardias, equipo técnico, docentes, director).

A medida que se penetra en el mundo del correccional y se conocen las maneras y redes de sociabilidad, podemos percibir que los jóvenes le dan un alto valor a los vínculos afectivos; poseen un orden moral particular; respetan normas propias y sin embargo, al mismo tiempo, reciben y utilizan la violencia de forma cotidiana como una de las maneras de relacionarse. Se advierte así, una relación ambigua pero no excluyente, entre la violencia que protagonizan los jóvenes y la construcción de vínculos afectivos y solidarios<sup>20</sup>. En este sentido, no se puede estudiar la violencia sin comprender también los modos pacíficos e igualitarios de relacionarse, como apuntó Norbert Elías<sup>21</sup>, una reflexión sobre utilización de la violencia puede ayudar a la comprensión de las dinámicas sociales si es mirada como un elemento constitutivo de las relaciones sociales y del proceso civilizatorio, y no sólo como un factor perturbador y excepcional o patológico.

“Saber convivir”, “respetar para ser respetado”, son expresiones repetidas y cargadas de contenido en el marco de las reglas que los jóvenes deben cumplir para “andar bien” con los demás durante los meses o años que transitan por los institutos.

“Para andar bien lo mejor es que cada uno haga la suya, no te vas a andar peleando el primer día, si hacés la tuya y no querés mandonear a nadie, está todo bien” (Daniel, Instituto Malvinas, octubre de 2005).

<sup>20</sup> Esto fue posible por el aporte de Nathalie Puex quien señala que se comprende la violencia “no tanto a partir de los hechos violentos en sí, que son muchos y diarios, sino a partir de las relaciones de solidaridad; es decir, las normas y valores que permiten constituir un colectivo social en el sentido durkheimiano. Esto me llevó a analizar el fenómeno de la violencia no como uno, sino como algo polimorfo, y donde unas formas de violencia están aceptadas y no rompen el lazo social, y otras rechazadas, no tanto desde un punto de vista moral o ético, sino porque rompen el lazo social”.

<sup>21</sup> ELÍAS, Norbert *Os alemaes. A luta pelo poder e a evolução do habitus nos séculos XIX e XX*. Zahar Editores, Río de Janeiro, 1997.

Una actitud de respeto y un relativo “buen sentido del humor”, son requisitos importantes para el mantenimiento de las relaciones dentro del grupo y con el personal. Las bromas o “gastadas”, los apodos, la facilidad de “charlar”<sup>22</sup> y construir un lenguaje propio, son ejercitados constantemente por los jóvenes, ayudando a lograr la convivencia en el lugar reducido del instituto<sup>23</sup>. De este modo, utilizan sobrenombres o apodos para llamarse unos a otros dentro del grupo (“Mono”, “Oreja”, “Petaca”, “Flaco”, “Tucán”, “Negro”, “Pantriste”, “Grandote”) en relación directa a alguna característica física de cada uno. Esta manera de identificarse basado en la forma cuerpo, es diferente al modo en que el personal del instituto los nombra: por el apellido o como yo los llamaba: por su primer nombre. Así, de una multitud de expresiones y gestos se va conformando un lenguaje propio y compartido en el grupo, del cual los que son externos al mismo pueden tal vez extraer e imitar algunos términos, pero nunca penetrar totalmente.

El “andar bien” implica mantener vínculos más o menos igualitarios a través de los cuales se dan y devuelven favores y objetos, manteniendo una reciprocidad que los une y construye como personas. De esta forma, los jóvenes suelen prestarse y compartir una diversidad de cosas: desde cigarrillos, revistas y ropa, hasta champú, galletas, caramelos o tarjetas telefónicas que provee la “visita”<sup>24</sup>. El intercambio de ropa entre los internos permite variar de vestimenta, dado que son pocas las prendas que se suelen tener en el instituto. Frecuentemente los jóvenes de una misma pieza u otros entre quienes existe confianza se prestan mutuamente bermudas,

<sup>22</sup> Hablar con alguien en términos graciosos, exagerados o con mentiras, simulando que es verdadero y serio lo que se está diciendo.

<sup>23</sup> No obstante esto, el no mostrar el descontento con alguien que te hizo algo, significaría debilitar su masculinidad, y quebrantar el respeto hacia su persona, como veremos más adelante.

<sup>24</sup> La “visita” a los jóvenes que están en el instituto, es realizada por sus familiares directos o amigos autorizados por el juez, en los días y horarios semanales que establece cada instituto.

camperas, remeras, zapatillas para salir de “permiso”<sup>25</sup>. Por otra parte, una práctica común de quienes salen “en libertad”, es dejar casi toda su ropa y otras pertenencias a los que se quedan en el instituto, ya que se piensa que éstos la necesitan más y que afuera se podrán conseguir nuevas cosas.

“La ropa hay que dejarla a los que se quedan, que les va a hacer más falta. Porque si salgo a la calle puedo conseguir ropa” (Diego, Instituto Castelli, septiembre de 2005).

“Todó lo que se puede compartir se da” (Mario, Instituto Castelli, febrero de 2006).

### Convidar “caretas”<sup>26</sup>

A mediados del 2005 comencé a llevar películas para ver en el comedor del “sector”<sup>27</sup>, como una excusa para entrar al lugar donde antes se me había negado el acceso “para resguardar mi seguridad”<sup>28</sup>. Fue en este lugar donde pude observar con detenimiento una práctica fundamental para la convivencia, al menos para quienes la realizan: el fumar con otros en el sector.

El comedor es una habitación mediana, con dos mesas rectangulares de cemento de tres metros cada una, y bancos del mismo material. El televisor se sitúa en una parte elevada, entre las dos mesas y se prende cuando alguien de la “guardia”<sup>29</sup>

<sup>25</sup> Salida del instituto a sus casas durante el fin de semana, autorizada por el juez de menores que tiene la guarda.

<sup>26</sup> Expresión es utilizada entre los jóvenes para refiere al cigarrillo de tabaco, en el sentido de “que no es el auténtico” o el hecho con marihuana.

<sup>27</sup> El Sector es el lugar del instituto donde los internos viven la mayor parte del día. En el instituto Castelli mide aproximadamente 14 por 16 mts. y está cerrado por dos puertas de rejas y por un tejido de alambre en la parte superior; tiene un patio de baldosas, siete habitaciones para los jóvenes y un comedor. Suelen vivir allí casi 40 personas de entre 16 y 19 años, siendo este número superior a su capacidad física, que, según señalan las autoridades, es de 25 internos.

<sup>28</sup> Así lo señaló el primer jefe de contención que conocí en el instituto.

<sup>29</sup> Cada “Guardia” que trabaja en un turno está integrada por seis personas.

activa la llave de electricidad. Los días que llevo la película, los jóvenes entran al comedor y se van ubicando. Dependiendo de la guardia que esté, podrán o no sentarse sobre las mesas de cemento y poner los pies en los bancos. Si la guardia es "pio-la", como dicen los jóvenes, dejan que éstos se sienten en las mesas para mirar la película y casi nunca permanecen en el comedor durante la emisión; pero si la guardia es "brígida"<sup>30</sup>, el control es mayor, y un guardia se ubica en la pared del fondo del comedor, lo que les permite seguir la película y al mismo tiempo vigilar que no se sienten en las mesas. En estos casos, Víctor y Nahuel por ejemplo, idearon algo que les permite estar más arriba que sus compañeros sin ser sancionados<sup>31</sup>. Cada uno tiene un tacho de plástico -que se usa para lavar la ropa- que dan vuelta y ponen encima de los bancos para sentarse y ver más de cerca el televisor.

La elección de la película no es una cuestión sencilla. Las condiciones acordadas con las autoridades del correccional, de que no tengan muchas escenas de violencia ni que los exciten sexualmente, y con los chicos, de que sean entretenidas (de acción o comedias preferentemente) y con mujeres lindas, entre otras cosas, no es fácil de encontrar. A esto se le suma el impedimento de que muchos de los chicos no leen suficientemente rápido (o son analfabetos) y prefieren películas sean habladas en castellano y no subtituladas. Así, el panorama de las películas se reduce y se torna más problemático de lo que yo creía en un principio.

En los momentos previos a comenzar a ver la película, se da inicio al ritual de fumar con los otros. Un chico saca la etiqueta que tiene en su bolsillo, extrae un cigarrillo y casi simultáneamente empiezan a aparecer otros en distintos lugares del comedor. -"¿Me da fuego maestro<sup>32</sup>?", dice uno.

<sup>30</sup> En el sentido de demasiado estricta y que abusa de su poder.

<sup>31</sup> Esto puede implicar quedar "engomado", es decir encerrado en su pieza sin colchón, "cortarle las llamadas" telefónicas a sus familiares, etc.

<sup>32</sup> "Maestro" es la forma en la que llaman a los guardias en el instituto Castelli, mientras que en el instituto Malvinas, utilizan la palabra "encargado".

El guardia, que es el único autorizado allí para tener encendedor, extiende la mano, enciende el primero, y a partir de éste se van prendiendo los demás cigarrillos.

- "Una seca"<sup>33</sup>, dice un chico a otro, mezclando una actitud de pedido con la exigencia. Sin emitir respuesta, el joven extiende la mano y le pasa el cigarrillo al que lo pidió. Éste último toma el pucho<sup>34</sup>, da tres o cuatro secas seguidas y luego se lo alcanza a otro joven, conformándose un círculo que acaba al extinguirse el cigarrillo o cuando se lo devuelven al supuesto dueño. En otras ocasiones el cigarrillo vuela de un lugar del comedor a otro, cuando el que pide y el que convida no se encuentran cerca. Una seca se da al que la pide, casi siempre alguien que está cerca del que lo prendió. Nadie, de todas las veces que estuve presente en el comedor, empezó y terminó un cigarrillo solo, al parecer, la propiedad del cigarrillo es colectiva, no privada. Otros, piden directamente "una careta", que cuando se tiene, es otorgada<sup>35</sup>. Los cigarrillos "se dan hasta que se acaben", como me dijo en una ocasión Pablo.

Dentro de los institutos se fuma una gran cantidad de cigarrillos, de etiquetas de marcas económicas, que traen las visitas, y solo cuando se acaba el contenido de éstas, se recurre al tabaco suelto que viene en bolsitas de muy bajo precio (\$2 o 2,50). Nada se desperdicia, algunos jóvenes cuentan que cuando no hay más cigarrillos en el sector, se ponen a buscar colillas de cigarrillos que quedan en los ceniceros o

<sup>33</sup> Aspiración corta del humo de cigarrillo.

<sup>34</sup> Cigarrillo de tabaco.

<sup>35</sup> MALINOWSKI, Bronislaw. *Los argonautas del pacífico occidental*, Ed. Península, Barcelona, 1974, advirtió en su estudio del Kula de las islas Trobriand, que las personas encuentran en el dar un medio de expresión de superioridad sobre el que recibe, al mismo tiempo que el exhibir las riquezas que se tienen lleva a aumentar su prestigio social. En razón de ello señala que el valor de los objetos que se intercambian se explica en función de la emotividad humana y no por la lógica de las concepciones utilitarias, cuestión interesante para pensar el constante "dar cigarrillos" que se produce en el sector, a pesar de la escasez de los mismos.

tiradas en el piso, las desarmen y les sacan los restos de tabaco y con eso fabrican un nuevo cigarrillo que fuman otra vez, entre dos o más. Varias veces pregunté a los chicos por qué fumaban tanto, y ellos expresaron que era para "matar la ansiedad", "tranquilizarse un poco" o "bajar los nervios" que les genera el encierro y la espera. Sin embargo, de la observación de esta práctica creo que "hay algo más", cuyos sentidos pueden vislumbrarse en el intercambio y el reforzamiento de los vínculos interpersonales entre quienes sienten que "están en la misma", y que se cristalizan en el fumar.

### *No convidar y mirada de los demás*

"Tapiñero significa no convidar" (cigarrillos), me explicó una vez Lucas durante una conversación grupal. Al parecer, nunca se niega un cigarrillo a quien lo está pidiendo. En esta relación de dar, recibir, tener que devolver, se construye una reciprocidad donde quien regala o convida una "carrera", se asegura que los otros deberán devolver el favor en el momento que lo precise, porque las reglas del intercambio así lo establecen. Como señala Mauss<sup>36</sup> hay un principio básico del intercambio, tanto la vida material y moral, actúan bajo una forma desinteresada y obligatoria al mismo tiempo. Esta obligación se expresa adoptando la forma del interés que se otorga a las cosas que se cambian, que no se desprenden nunca completamente de las personas que las dan y reciben. De esta manera, junto a la cosa que se da se deposita un lazo espiritual que une a las personas que intercambian y que mueve un poder en la cosa misma que lleva a que, sin mediar ningún contrato de palabra, la cosa regrese en algún momento a su dueño<sup>37</sup>. La clasificación de tapiñero<sup>38</sup> implica

<sup>36</sup> MAUSS, Marcel. "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas". En: Mauss M. *Sociología y antropología*. Ed. Tecnos, Madrid, 1979.

<sup>37</sup> En uno de sus trabajos SAHLINS, Marshall. *Economía de la edad de*

debilitar o romper la red de vínculos que asegura que, algo escaso como el cigarrillo nunca falte sino que se reparta entre pares.

- "Siempre convidás porque si vos no tenés otra vez y le pedís a otro, te tiene que convidar porque vos le diste antes"<sup>39</sup> (Daniel, Instituto Malvinas, septiembre de 2006)

- ¿Y si es el último cigarrillo que les queda?

- "Le convidás igual, si estamos todos en la misma ahí adentro, si no, cuando él tenga no le vas a poder decir nada" (Ángel, Instituto Malvinas, septiembre de 2006).

El poder fumar un cigarrillo tranquilo sin correr el riesgo de que se acabe pronto, por la redistribución de la fumada colectiva que se produce en el sector y, a la vez, escapar de ser identificado como tapiñero, genera diferentes estrategias para cuidar la imagen ante los demás. Durante el tiempo en que colaboré en la escuela<sup>40</sup>, observé que los chicos querían ser llamados a clases porque, entre otras cosas, podían salir del encierro del sector, y conseguían fumar un cigarrillo entero, durante el trayecto desde el sector al aula, sin que por eso se los tilde de tapiñeros. Pude observar algunas veces que también los guardias donan cigarrillos y se los puede calificar de "tapiñeros" cuando dan o dicen que no tienen

---

*pie*dra, Akal Editor, Madrid, 1983, explica que el conjunto de transacciones registradas etnográficamente puede dividirse en dos tipos. En primer lugar, los movimientos viceversa entre dos partes o de reciprocidad, como en el caso del fumar. Segundo, los movimientos centralizados o de recolección por parte de los miembros de un grupo, a menudo bajo un sólo mando y redistribución dentro de este grupo, a lo que se llama comunidad.

<sup>38</sup> "Ser duro en el Kula" expresión aplicada a algunos asociados en el sistema Kula, como "un rasgo reconocido como reprensible y deshonesto es la tendencia a retener cierta cantidad de objetos preciosos y ser lento en pasarlos" en: MALINOWSKI, Bronislaw, *op. cit.* p. 608

<sup>39</sup> En relación a esto, como señaló Mauss (1979) en el "potlach", el valor social y simbólico de estos intercambios se basan en una forma de obsequio que implica al mismo tiempo la obligatoriedad de restitución, con una temporalidad variable que asegura la continuidad de la relación.

<sup>40</sup> En los primeros tiempos de mi trabajo de campo en el Instituto Castelli, realicé tareas de apoyo escolar con algunos de los internos.

cigarrillos para los “menores”. En este sentido, en el círculo del convidar también se hace ingresar a los guardias, pero solo para donar “caretas”, lo que no implica que se pueda devolver este favor con otra acción que mantiene y refuerza el vínculo.

Cabe señalar que no todos en el sector fuman. Aunque son pocos, éstos no tienen nada que aportar al círculo del convidar cigarrillos, pero tampoco se los tilda de no querer dar. Son, al igual que los demás, parte del grupo y aunque no fumen, se les exige practicar una complicidad con quienes lo hacen en lugares o momentos no permitidos, adecuándose de esta forma a las reglas del fumar.

“Hace un año y medio que no me drogo. Por ahí en las piezas cuando fuman yo no puedo decirles, no fumés, porque me van a decir qué te metés vos, si el que fuma soy yo. Y los descubrieron y yo no puedo decir, ‘yo no fumé el que fumó fue él’”. (Mauricio, septiembre de 2003, Instituto Castelli)

### *Compartir y transgredir*

Fumar en el lugar y a la hora que se desea no es algo posible en el sector. En cada habitación viven cuatro o cinco chicos, que duermen en dos cuchetas y algún colchón que se coloca en el suelo, que siempre le toca al último que ingresó al instituto. En la pieza se lee, se dibuja, se come lo que trajeron las visitas, se escriben cartas a familiares o amigos, se juega a los naipes. Pero no se puede fumar.

En relación a esto, uno de los objetos más preciados son los encendedores, los cuales permitirían prender los cigarrillos en el momento que lo desean o prefieren, y es otra de las cosas que cuando se posee también se comparte. “Tirar la paloma”, es una de las prácticas del encierro que los jóvenes describieron durante el trabajo de campo. La misma implica sacar provecho de la ubicación correlativa de las habitaciones y transgredir el encierro (“enyugue”) impuesto en las piezas de 22.00 a 8.00 hs. y de 13.00 a 15.30 hs. Una “paloma” es un trapo en el que se envuelve un encendedor de

alguien que consiguió burlar los controles, y que se ata a un hilo largo para poder “tirarlo a la otra pieza” y luego regresarlo a la pieza de donde salió.

Junto a la paloma se ata la posibilidad de fumar, pero también, la de ser castigados con los jóvenes que participan de este juego riesgoso. El riesgo se comparte y el castigo que en algún momento se produce, reafirma la idea de pertenencia a un grupo que tiene reglas diferentes a las de los adultos establecidos<sup>41</sup> de la institución. Entre esas reglas, el silenciar las cosas que se hacen en grupo, genera un campo colectivo y encubierto, dominio sólo del grupo de jóvenes que participan de esta acción en conjunto.

El momento privado y colectivo que genera el fumar en grupo, lleva a que quienes no participan de ese círculo y de las acciones que implican, deban respetar esos tiempos y prácticas particulares. Así, por ejemplo, cuando los chicos llegaban al aula con un cigarrillo encendido, el ambiente de distracción y esparcimiento hacía que la clase se suspendiera hasta que el pucho se extinguiera y luego de esto, se continuaba con la clase.

Fumar marihuana<sup>42</sup> es otra forma, tal vez más extrema, de compartir y dividir el riesgo de ser descubiertos y castigados.

“Un día, antes de terminar la película, Carlos se acercó a Víctor y le dijo en voz baja: - ‘¿Vamos?’ - ‘No, después voy’. Entonces Carlos, Agustín y Juan salieron entonces uno a uno del comedor y fueron al baño. Seguimos mirando la película, y a los minutos vino Agustín, bastante agitado. Se lo notaba nervioso y miraba hacia afuera en dirección a los baños. Yo alcancé a oler el aroma a marihuana y ahí tuve la certeza que se habían ido a fumarla al baño. Agustín escupía constantemente y abría la boca. - ‘¿Tengo olor?’ le preguntaba a Víctor y se acercaba para que lo oliera. Contagiados por su nerviosismo, todos mirábamos hacia afuera hasta que en un momento, se abrió la reja del enlace y entraron tres guardias y el jefe de

<sup>41</sup> ELIAS, Norbert, “Ensayo teórico...”

<sup>42</sup> Esta práctica que se produce con sus amigos estando en libertad, se reinventa dentro del grupo que convive en el sector.

contención. Caminaron hasta el baño y dos de ellos entraron. - 'Nos batieron la cana' murmuró Agustín. Estábamos expectantes. Uno a uno los chicos fueron saliendo del baño. Juan, Carlos, el mudo y otro chico caminaban con las manos en la espalda, con la cabeza baja y caras de resignación. Sin decir nada, fueron hasta la reja escoltados por los guardias y atravesaron la puerta. Uno de los guardias se arrimó al comedor y llamó a un chico que estaba sentado en el banco cerca de donde nos hallábamos nosotros. Parece que también había estado fumando, porque se levantó callado y se unió al grupo de chicos descubiertos, que se encaminaba hacia el 'aislado'<sup>43</sup>. (Nota de campo, Instituto Castelli, septiembre de 2005)

Escenas como esta se repiten a diario, en las que los jóvenes rompen con las reglas impuestas, conociendo y contemplando esa transgresión. En el momento en que son descubiertos no niegan sus prácticas infractoras, ni se revelan ante los "castigos". De esta forma, reconocen la regla institucional que postula "no fumar marihuana", pero al mismo tiempo participan de un mandato grupal que implica compartir y correr riesgos en pos de placeres y acciones colectivas.

Como las otras prácticas colectivas y encubiertas del fumar, la marihuana se comparte cuando se tiene, y la posibilidad de ser descubiertos y castigados por "fumar un caño", se asume de manera conjunta. La marihuana en el instituto tiene una doble ilegalidad, además de ser sustancia prohibida e ingresada por múltiples canales ilegales, se la fuma en lugares no autorizados como los baños y piezas. Los canales de acceso suelen ser las visitas que la ocultan en múltiples objetos como desodorantes, bolsas, ropa, comida, etc., o los propios chicos cuando salen de permiso e ingresan droga sin ser advertida por la requisita o cuando son revisados.

El riesgo y la reiteración de situaciones de castigo por fumar marihuana, no lleva a los jóvenes a abandonar esta práctica. Convidar un "porro" es un gesto que refuerza las relaciones interpersonales y en cierto sentido es signo de apoyo

<sup>43</sup> El "aislado" es la forma más común de castigo, e implica el encierro en una celda por unos días sin contacto con los demás jóvenes.

mutuo por estar viviendo la misma situación<sup>44</sup>. Podemos observar que en estos espacios de tensión y riesgo, se genera un campo ambiguo donde las personas se sienten más próximas y están dispuestas a introducir sus propias reglas<sup>45</sup>, conociendo el costo de ser castigadas si se las descubre.

F: - (...) O sea, a mí eso no me interesa de lo que dije. Porque esas preguntas que vos hiciste son cosas que las vas a escuchar en todos lados. Ya si fueran preguntas más íntimas no te contesto.

G: - ¿Como qué?

F: - Preguntas así más internas de acá. Como por ejemplo qué es lo que hacen en el sector, qué saben guardar. No sé, no se, no te entiendo esas preguntas. (Felipe, marzo de 2006, Instituto Malvinas)

Este fragmento de entrevista a Felipe, realizada a solas en un aula, muestra una cuestión ordenadora de las relaciones dentro del grupo. El deber del silencio sobre las cosas "más íntimas" o actividades "internas" del sector, es una regla compartida y respetada por los jóvenes. Lo que se hace o guarda en este lugar constituye algo vedado para los otros externos, y construye una complicidad que brinda protección a los miembros del grupo durante las situaciones conflictivas, donde "nadie fue" y a la vez "todos fueron".

<sup>44</sup> BECKER, Howard. *Los extraños. Sociología de la desviación*. Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1971, p. 77, en sus estudios sobre la culturas "transgresoras" señala que "una persona se sentirá libre de fumar marihuana de acuerdo con el grado en el cual llegue a considerar las concepciones convencionales sobre la droga como puntos de vista de individuos no informados, extraños a esta práctica y reemplace dichas concepciones con la visión "de adentro" que ha adquirido a través de su experiencia con la droga en compañía de otros fumadores".

<sup>45</sup> El concepto de "liminaridad" de TURNER, Victor. *La selva de los símbolos*. Siglo XXI Editores. México. 1999, 104, puede ser útil para pensar la situación de indefinición y de transitoriedad de quienes se encuentran en el sistema correccional penal "atravesando por un espacio en el que encuentra muy pocos o ningún atributo del estado pasado y del venidero".

*Palabras finales: a modo de conclusión*

Hemos visto en este artículo que en el colectivo de los jóvenes se articulan diversas relaciones que revelan formas de clasificación y usos de las violencias, construidas en base a criterios particulares y definidos. En primer lugar, estos criterios se ligan a la identificación de prácticas consideradas por ellos como propias de su género y edad. Como ya lo señalara Margaret Mead<sup>46</sup> se acercarán al ideal de masculinidad y juventud, quienes demuestren bravura, no tengan miedo a enfrentarse en peleas y soporten las violencias; mientras que se asociará al orden de lo femenino a aquellos que no se adapten o no comprendan en su totalidad dichas reglas. En segundo lugar, la dinámica de los vínculos en el instituto se organiza a partir de sistemas clasificatorios fundados en lo que se valora y considera persona/humano (cultura) y lo que se aproxima a la animalización/cosificación (naturaleza). Como hemos visto, se nombran como perros, gatos, ratas, violines, a quienes se califica de poseer una moral inferior o se puede dominar. Por último, la relación entre establecidos y los recién llegados, pasa a iluminar la clasificación sobre los que son considerados "otros". Así el recién llegado al grupo ("marginado") es el que tiene mayores probabilidades de ser blanco de enunciaciones y prácticas negativas y de violencia de parte de los "establecidos" del instituto. A diferencia del violín que no podrá modificar su lugar, los recién llegados podrán con el pasar del tiempo y la comprensión del sistema clasificatorio y las prácticas impuestas, revertir su lugar e ingresar al mundo de los establecidos.

De forma paralela, en el círculo que genera el convidar caretas se construye un intercambio que habilita el dar y el recibir de otros. El compartir, aún bajo el riesgo de quedarse sin nada hasta la próxima visita, implica evitar ser calificado de tapiñero y prevenirse de que si alguna vez faltan cigari-

<sup>46</sup> MEAD, Margaret. *op. cit.*

llos, otros le convidarán porque no escatimó antes. En el marco de situaciones de tensión y encierro institucional, los jóvenes construyen al interior de los institutos, espacios, tiempos y categorías de persona singulares. Así, los modos de convivir, convidar, intercambiar y estar en la misma, son ejes que atraviesan sus relaciones y constituyen lazos de pertenencia. De este modo, los jóvenes se sitúan en una red social que los vincula a los demás internos y en consecuencia, se comportan de acuerdo a un alto nivel de compromiso y lealtad.

Para finalizar, en este análisis pretendí penetrar en un mundo donde se articulan relaciones que apelan al compartir y retener, al someterse y sojuzgar, al encubrir y traicionar, al proteger y rechazar; que revelan así las ambigüedades y tensiones de las relaciones constitutivas y constituyentes de la conformación de estos jóvenes dentro de los institutos de menores. De esta forma, igualdad y jerarquía, solidaridad y violencia, se dan en un mismo tiempo y espacio, y no se eliminan una a la otra, sino que regulan las relaciones de convivencia, los intercambios y las distancias en estos espacios.